

asombra y de esa gloria nacional que forma el orgullo de los monarcas y de los pueblos conquistadores, Aragon sacrificaba sus hijos y sus tesoros á la vanidad de ostentar sus barras victoriosas en apartadas regiones, y tener un soberano que llevaba una corona mas en la cabeza. Alfonso V. se enamoró de Italia como de una muger hermosa, en vez de ser un rey de Aragon que dominaba en Italia, era un rey de Italia que dominaba en Aragon. Bien lo conocian y sentian algunos ilustrados aragoneses, y en mas de una ocasion lamentaron en las córtes el largo alejamiento del soberano, y reclamaron su presencia en sus naturales reinos. No le faltaba á Alfonso la voluntad, pero le ligaban allá nuevos intereses y necesidades. Naciones y reyes habian de tardar todavía muchos años, siglos enteros, en penetrarse bien de una gran verdad social, que hay prescritos límites naturales á las sociedades humanas como á los territorios, y que traspasarlos con la dominacion es ganar glorias que deslumbran, pero que matan.

Tambien creemos que Alfonso, en los años que permaneció en Aragon despues de su primera expedicion á Nápoles, no se condujo con la prudencia que era de esperar de tan gran príncipe. En vez de moderar el espíritu turbulento de sus hermanos, agitadores incansables de Castilla; en vez de desempeñar el noble papel de mediador entre príncipes de una misma sangre y de tan inmediato deudo, fomentó mas

las discordias, hizo alianzas con los magnates castellanos enemigos de su rey, y envolvió en lastimosas guerras las dos monarquías que debieran ser mas hermanas. Vióse tambien en esta ocasion el buen sentido de las córtes aragonesas, que penetradas del daño que hacian al reino aquellas luchas injustificadas é inútiles, emitieron mas de una vez sus quejas de palabra, y trataron de esforzarlas con el lenguaje elocuente de las obras, negándole los subsidios.

En medio del tráfigo de discordias, de ambiciones y de intrigas puestas en juego por tantos príncipes, descubrimos con gusto la intervencion de un personage noble y desinteresado que resalta como la claridad de un lucero al través de las tinieblas. Este personage interesante, dramático, tierno, es la reina de Aragon doña María de Castilla. La esposa de Alfonso V. el Magnánimo, como la madre de Fernando IV. el Emplazado, doña María de Aragon como doña María de Molina, allí acude diligente, activa, infatigable, donde cree que puede negociar una tregua, una paz ó una reconciliacion. Esposa del rey de Aragon, cuñada del de Navarra, y hermana del de Castilla, toma sobre sí la noble tarea de interceder entre enemigos príncipes, cuya sangre es su sangre, y cuyas lanzas, do quiera que hieran, han de herir en el corazon de una esposa ó de una hermana. La aparicion repentina de doña María en los campos de Cogolludo en medio de los ejércitos

aragoneses, navarros y castellanos, cuando estaban ya en orden de batalla para dar principio al combate; de aquella reina que dirige á todos palabras de amor y de concordia; que planta con heroica serenidad su tienda entre las dos filas, y dice á unos y á otros con voz resuelta y varonil: «no consiento que haya pelea entre hermanos», semeja la aparicion de un ángel de paz, enviado por el cielo para aplacar rencores. Por desgracia la intervencion benéfica de la reina produjo solo un efecto pasajero, y los odios se aplacaron pero no se extinguieron.

La division que Alfonso V. hizo de sus estados al morir, dejando los de España y Sicilia á su hermano don Juan, el de Nápoles á su hijo natural don Fernando, fué mas política que conforme al derecho y orden natural de suceder. Pero de todos modos dejó allá por herencia á sus sucesores la rivalidad y el resentimiento de la Francia y los odios de todos los pequeños estados italianos.

IV. Heredando el reino de Aragon don Juan II. (1458), que era ya rey de Navarra (1425), estas dos monarquías se encuentran sometidas á un solo cetro, como en los tiempos de Sancho Ramirez.

En el siglo XI. fué Navarra, fué la dinastía de Sancho el mayor la que surtió de reyes los tronos de Aragon, de Leon y de Castilla. En el siglo XV. es Castilla la que da soberanos á Navarra, á Aragon y á las dos Sicilias. Al ver la dinastía castellana entro-

nizada en todos los dominios españoles, no debió ser difícil vislumbrar la unidad futura. Los síntomas se iban sucediendo con cierta rapidez desde la muerte de don Martin y la eleccion de don Fernando.

Navarra y Aragon antes del siglo XV. seguian opuesto rumbo, como dos hermanos de encontradas inclinaciones. Aragon es el hermano adquisidor, laborioso, activo, emprendedor y arrojado, que sale de su casa, y lanzándose á empresas atrevidas va aumentando su patrimonio con las ganancias de sus aventuradas expediciones. Navarra semeja la hermana á quien un extraño que ha obtenido su mano saca de la casa paterna, y viene despues á incorporarse con la familia. Mas francesa que española desde la extincion de la línea masculina de la robusta y vigorosa raza de Iñigo Arista, con tendencia á españolizarse otra vez con el buen rey Carlos el Noble, vuelve con su muerte á incorporarse en el gremio de su antigua familia, heredando la corona su hija Blanca, que ha sido antes esposa de un príncipe aragonés, y lo es ahora de un infante de Aragon y de Castilla.

Pero aquella buena y desventurada reina tuvo la noble debilidad de consentir que fuese rey el que no tenia derecho á ser mas que esposo, y don Juan comprometió la Navarra envolviéndola en todos los azares y en todas las guerras y disturbios, que con sus hermanos el rey y los infantes de Aragon movió en el reino castellano. Huésped incómodo y porfiado de

Castilla, no iba á Navarra sino cuando le espulsaban de acá, ó necesitaba de recursos para proseguir sus maquinaciones. Semejábase á uno de esos seres dissipados que gastan la juventud en turbar el sosiego de otras familias, y solo vuelven al techo doméstico compelidos por la necesidad y mientras se habilitan de nuevo para continuar la carrera de sus dañosas aventuras.

Cuando murió la bondadosa y prudente doña Blanca (1441), pudo el desgraciado reino navarro haber salido de aquella mala tutela si se hubiera puesto la corona en la cabeza de su hijo el príncipe de Viana, á quien por derecho hereditario pertenecía. Pero una cláusula del testamento de la reina, resto de su prudente consideracion hácia su esposo, sirvió de especioso pretesto á don Juan para seguir apoderado de un cetro, que si ahora conservaba con alguna apariencia de legalidad, habia de usurpar despues con criminal descaro á su hijo. Si por algunos años distraido en los negocios y guerras de Castilla, deja traslucir solamente ó tibieza, ó desvío, ó desamor hácia el príncipe á quien habia dado el ser, desde las segundas bodas con doña Juana Enriquez de Castilla (1444) se pudo ya presagiar que no faltarian disgustos graves al hijo de doña Blanca. El ascendiente de la nueva esposa acabó de extinguir en don Juan los sentimientos paternales, si algun resto conservaba de ellos. La sagaz y altiva madrastra tuvo la

funesta habilidad de hacer del padre legítimo un padrastro tambien. La ida de la reina á Navarra con el carácter de ex-regente, contra los derechos ya harto injustamente lastimados del príncipe heredero (1452), exacerbó el injusto resentimiento de el de Viana y sus adictos, y el desgraciado reino navarro, desgarrado ya por los bandos implacables de Agramonteses y Biamonteses, vió ademas estallar en su seno las mortíferas guerras, de que hemos dado cuenta, entre la madrastra y el entenado, entre el padre y el hijo, que Castilla atizaba con el amargo goce de la venganza.

El desventurado Carlos de Viana, vencido y prisionero de su padre en Aybar, y derrotado por segunda vez en Estella, busca un asilo en Nápoles al amparo de su tío Alfonso V. de Aragon. Mas la muerte de este gran monarca, acaecida antes de recoger el fruto de sus negociaciones para reconciliar al padre y al hijo (1458), redujo otra vez al de Viana á la situacion de un prófugo desamparado. Verdad es que donde quiera que iba el príncipe Carlos hallaba en medio de su infortunio la satisfaccion mas pura para las almas nobles y generosas, el afecto y las simpatías de cuantos le conocian y trataban. En Nápoles, en Sicilia, en Cataluña, en el bullicio de una córte populosa, en el retiro y silencio de un monasterio, en todas partes inspiraba interés, que comenzaba por compasion á la desgracia inmerecida, y acababa por amor á las virtudes del proscrito. Pero al com-

pás que crecía en su popularidad crecía también el odio de su padre y de su madrastra, y en esta lucha funesta pasó el príncipe Carlos de Viana toda su vida.

Si aquellas demostraciones de afecto hubiesen sido la simple manifestación de un cariño simpático, si estos odios hubiesen sido puramente domésticos, si las vicisitudes que corrió el príncipe de Viana no hubieran sido sino aventuras personales, serían asunto más propio y más del dominio del romance, del drama ó de la novela que de la historia. Pero aquella pugna entre el afecto popular y el odio paterno, de que era objeto y blanco el primogénito de Navarra, no solo fué la que dió carácter á la fisonomía y situación política de una gran parte de España por más de medio siglo, sino que ejerció un influjo poderoso en la suerte futura de toda la península española. Por efecto de aquel aborrecimiento injustificado se vió el pequeño reino de Navarra destrozado por los partidos interiores, invadido y guerreado por castellanos y franceses, se alteró la ley de sucesión contra el derecho y la naturaleza, dándole á una hija segunda y á un príncipe extranjero, y se difirió por más de otro medio siglo su incorporación á la monarquía central. Aviváronse y se enervaron las discordias entre Aragón y Castilla: y los catalanes, constituidos primeramente en padrinos generosos del príncipe perseguido y en defensores de la justicia y de ley, mostraron luego hasta qué punto sabían humillar los re-

yes, y acreditaron después hasta qué grado eran tenaces, duros é inflexibles en sus rebeliones.

El príncipe de Viana, tan generalmente querido por su amabilidad, por su ilustración y por otras excelentes prendas personales, carecía por otra parte de las dotes más necesarias para recuperar la posición perdida y á que era llamado por la naturaleza y por las leyes. Hijo injustamente odiado, y príncipe ilegalmente desposeído, no acertaba á ser ni rebelde ni sumiso sino á medias. Resuelto y valeroso en Navarra, irresoluto espectador en Nápoles, generoso y desinteresado en Sicilia, precipitado en Mallorca, reverente y humilde en Cataluña, sin dejar de ser conspirador y desobediente, ni tuvo la suficiente constancia y energía para presentarse siempre como vindicado de sus vulnerados derechos de hijo y de príncipe, ni fué bastante humilde para disipar los recelos de un padre desafecto y conjurar las iras de una madrastra iracunda. Así en Nápoles como en Sicilia pudo acaso haber ceñido una corona, con la cual no faltó en uno y otro punto quien le brindara, más prefirió, ó por desinterés, ó por irresolución, ó por debilidad, ser hijo reconciliado en España á ser monarca en país extraño y adoptivo. Faltaba á las órdenes de su padre en Mallorca y le pedía perdón en Igualada. Por no escitar recelos en su padre, esquivaba en Barcelona el solemne y afectuoso recibimiento que querían hacerle, y sin embargo llamaba padre al rey de Castilla, conspira-

ba con él, y negociaba su matrimonio con la princesa Isabel su hermana, que era lo que llevaban menos en paciencia su madrastra y su padre. Con la sencillez de un hombre honrado, fiaba en sus pactos de reconciliación y de concordia, y cuando acudía á las córtes de Lérida, sin sospechar que fuese llamado sino como hijo, como amigo y como heredero, se veía preso y conducido á un castillo. Era demasiado ingénuo y demasiado débil el príncipe Carlos para habérselas con una madrastra tan rencorosa y tan vengativa, tan política y tan artificiosa, tan resuelta y varonil como la reina doña Juana, y con un padre tan desnaturalizado y tan práctico en las artes de la intriga como don Juan II.

Mucho suplió á la falta de firmeza del príncipe la fogosidad impetuosa de los catalanes, y el ardor y decision con que abrazaron y defendieron su causa. Tan admirable fué el arrojó con que le rescataron de la prision, como la alegría con que le recibieron en Barcelona, y como el entusiasmo con que le aclamaron lugarteniente general del principado, y heredero y sucesor legítimo de todos los reinos de la corona de Aragon. Los desaires, las humillaciones y los bochornos que hicieron sufrir á la reina doña Juana en Villafranca, en Tarrasa y en Barcelona, debieron herir vivamente su orgullo de reina, y mortificarla de un modo horrible como señora. El mismo rey don Juan, aquel monarca que reunía siete diademas en su

cabeza, se vió humillado por los adustos y severos catalanes hasta el punto de tener que firmar la obligación degradante de abstenerse de poner los pies en Cataluña. La espacion hubiera sido terrible, si hubiera durado mas.

Pero Carlos de Viana, el príncipe mas modesto, mas instruido y mas añalable de su tiempo, el querido de naturales y de estraños, el que por su nacimiento, por sus virtudes y por los votos de los pueblos era llamado á regir una vasta monarquía, estaba destinado á morir luchando con su desdichada suerte, y falleció en la flor de su edad (1461), dejando sumidos en dolor y llanto á sus muchos adeptos, y muy especialmente á los catalanes. Si la historia carece de datos para asegurar que en su temprana muerte interviniera la mano criminal de su madrastra, la fama tradicional que en el pais se conserva desde aquellos tiempos no la supone inocente, y el tósigo que despues puso fin á la existencia de su querida hermana y sucesora doña Blanca hace verosímil, ya que no cierto, aquel juicio.

Hay en España una tendencia, no solo á compadecer, sino á ensalzar y santificar los hijos de los reyes injustamente odiados y perseguidos por sus padres, y los catalanes quisieron hacer del príncipe Carlos un San Hermenegildo. Su sepulcro obraba prodigios, y su cuerpo estuvo, al decir del pueblo, haciendo milagros por espacio de seis dias, curando enfermos,

dando vista á los ciegos y habla á los mudos, y en el Dietario de la diputacion general de Cataluña se inscribió el mismo día de su fallecimiento: *Sanc Karles primogenit Darago é de Sicilia: Sanc Cárlos, primogénito de Aragón y de Sicilia* (1).

La causa de los catalanes había sido justa y noble: ellos se habían hecho los amparadores de la inocencia perseguida, y los vindicadores de la justicia atropellada. Pero insistiendo después de la muerte del príncipe en negar la obediencia al rey de Aragón, que de todos modos era su legítimo soberano, se convirtieron de generosos defensores de la legitimidad en rebeldes obstinados y duros. La guerra sangrienta

(1) En este Dietario de la antigua Generalidad, que original hemos visto en el Archivo general de la Corona de Aragón, donde hoy se conserva, se lee lo siguiente: *Dimecres á XXIII. de setembre del any. M.CCCC.LXI. —SANCCT KARLES PRIMOGENIT DARAGO E DE SICILIA. —Aquest die entre III e IIII hores de mati passa desta vida en la gloria de paradís la sancta ánima del Ilustrísimo señor don Karles primogenit Darago e de Sicilia, lo qual fini sos dies en lo palau reyal mayor de aquesta ciutat de mal de pleusulis, moch sen grandis sin dol en Barchinona é per tot lo principat de Catalunya per la gran e bona amor que ell portaba á tota la nació cathalana quil avien tret de preso el havien luyat e separat de la ira e furor del señor Rey son pare. Loat e beneyt si e lo nom de Deu aquí ha plagut separar ten sanct e*

*virtuos señor daquells qui tant lamaven el volien.*—Miércoles á 23 de setiembre del año 1461. —San Carlos primogénito de Aragón y de Sicilia.—Este día entre tres y cuatro horas de la madrugada pasó de esta vida á la gloria del paraíso la santa alma del ilustrísimo señor don Carlos primogénito de Aragón y de Sicilia, el cual terminó sus días en el palacio real mayor de esta ciudad de mal de pleuresia. Moviése gran duelo en Barcelona y en todo el principado de Cataluña por el grande y buen amor que él profesaba á toda la nación catalana que le habían librado de prision y le habían alejado y separado de la ira y furor del señor rey su padre. Alabado y bendecido sea el nombre de Dios que ha querido separar tan santo y virtuoso señor de aquellos que tanto le amaban y querian.

que por espacio de diez años sostuvieron contra don Juan II. de Aragón es uno de los sucesos que han caracterizado mas á ese pueblo belicoso, altivo, pertinaz, inflexible, fuerte y perseverante en sus adhesiones, temoso é implacable en sus odios. No nos asombra tanto que por no someterse al rey de Aragón, de quien se tenían por ofendidos, pensara al pronto en constituirse en república, como ver después á ese pueblo, tan apegado á los soberanos nacidos en su suelo, brindar con la corona y señorío del Principado sucesivamente á Luis XI. de Francia, á Enrique IV. de Castilla, á Pedro de Portugal, á Renato y Juan de Anjou, y andar buscando por Europa un príncipe que quisiera ser rey de Cataluña, antes que doblar sus altivas frentes al monarca propio á quien una vez se habían rebelado. Semejante teson y temeridad daba la pauta de lo que había de ser este pueblo indómito en análogos casos y en los tiempos sucesivos: pueblo que por una idea, ó por una persona, ó por la satisfaccion de una ofensa, ni ahorra sacrificios, ni economiza sangre, ni cuenta los contrarios, ni mide las fuerzas, ni pesa los peligros. El sitio de Barcelona puso el sello á su temerario heroísmo.

En esta guerra de diez años pareció que había mudado el rey don Juan de genio y de naturaleza, y que no conservaba del hombre antiguo sino el brio y la resolucion. El que toda su larga vida había sido turbulento, bullicioso, precipitado y cruel como

monarca y como padre, se mostró en la ancianidad medurado y prudente en la política, hábil y diestro en las negociaciones, y hasta clemente y generoso en los triunfos. Admira ciertamente cuando se le ve pobre y falto de recursos, septuagenario y ciego, conservar entero su ánimo y su espíritu, hacerse conducir á los peligros y llevar á los combates, y obrar con el vigor de un jóven robusto, vigoroso y sano. Pero no maravilla menos la cordura y la destreza con que se maneja en las confederaciones, alianzas y tratos con los reyes de Francia, de Castilla y de Inglaterra, con el conde de Foix, lugarteniente de Navarra, con los duques de Saboya y de Milan, con el gefe de la Iglesia y con las córtes de Aragon. Este monarca que parecia haber empleado sesenta años en hacerse aborrecer, interesa en la edad decrépita, hace que le den los aragoneses el titulo de *Hércules de Aragon*, y gana para todos el sobrenombre de Juan II. *el Grande*. Con su esfuerzo y su política consigue ir aislando á los catalanes, se va apoderando de las plazas del Principado, los reduce á la sola ciudad de Barcelona, y puestos en la mayor estremidad despues de una resistencia heroica, los admite á su obediencia bajo condiciones razonables y nada duras para los vencidos, muéstrase benigno y hasta generoso con los que le han sido rebeldes, cesan los escándalos y estragos de la guerra, es recibido sin desagrado en Barcelona, y se hace querer de los que tanto tiempo habian sido sus enemigos.

Singular es y digno de notarse, que esta guerra desoladora se encendiera con las predicaciones de un monge fanático y se apagára con las exhortaciones de otro monge apostólico y conciliador. El P. Gualbes acaloró y sublevó al pueblo, y el P. Gaspar aplacó su obstinacion y le reconcilió con su soberano. Tal era la influencia religiosa en Cataluña.

Luis XI de Francia, con parecidos designios, pero con mas aviesa y mas torcida política que su abuelo Felipe el Atrevido, se habia apoderado del Rosellon y la Cerdaña como compensacion de una proteccion ambigua dada al aragonés. Esto obligó á don Juan II. á emplear el resto de su azarosa vida en recuperar aquellos importantes condados, donde hizo prodigios de valor y humilló mas de una vez las banderas de San Luis. Parecia que los años vigorizaban el espíritu y robustecian el cuerpo de don Juan II. en vez de enflaquecerle y debilitarle; á la edad casi octogenaria se le vió en Perpiñan mas fuerte y mas grande que en los dias de su juventud y de su madurez en Olmedo, en Gaeta, en Ponza, en Aybar y en Estella; y si no triunfó enteramente de la política capciosa y ladina del monarca francés, fué porque le sobraban atenciones y le faltó vida.

Cuando están para cumplirse los destinos de las naciones se combinan los sucesos de modo que todos parecen convergir á un mismo punto, aun aquellos que al parecer marchan por opuesto sendero, como si

la Providencia se complaciese á veces en encaminarlos por sí misma aun contra las intenciones de los hombres. Aragon y Castilla estaban destinadas á refundirse y formar una sola monarquía, y el enlace que habia de traer esta dichosa union se hizo en vida y por obra de un monarca aragonés, el enemigo mas impertinente y porfiado que Castilla habia tenido. Cataluña, que entonces no hizo sino aceptar resignada el monarca castellano que le enviaba la ley (Fernando I.) se dió despues espontáneamente á un rey de Castilla (Enrique IV.), que la abandonó por torpeza y por imbecilidad. Los dos príncipes herederos de Aragon, Cárlos y Fernando, se disputaban la manó de una princesa castellana, y al través de las guerras que agitaban ambos reinos se entreveían los síntomas de su futura union. La persecucion del príncipe de Viana fué una injusticia y una iniquidad, y su muerte pareció una calamidad y una desgracia. Pero una y otra se convirtieron en provecho de la unidad nacional, y don Juan II. queriendo hacer un mal á un individuo hizo un bien inmenso á toda España. Porque ni la edad del príncipe de Viana correspondia á la de Isabel de Castilla, ni probablemente hubiera sido esposo tan simpático ni monarca tan grande como lo fué Fernando; y sin la muerte de el de Viana ni Fernando hubiera sido rey de Aragon, ni la union conyugal y la union nacional se hubieran realizado con tanta conformidad de voluntades. Dejó pues don Juan II. de Ara-

gon sentado el cimiento de la grandeza y prosperidad de esta misma Castilla, que tanto en su juventud habia inquietado. Si no en el fuero de la conciencia, en política al menos se pueden perdonar á don Juan II. los males y trastornos que causó en propios y estráños reinos en los dos primeros tercios de su vida, en gracia de la magnanimidad que demostró en el postrer período de su reinado, y de la base de unidad que antes de morir dejó cimentada para el engrandecimiento de las dos mas poderosas monarquías de la península española.

V. En tiempos de tanta turbacion y de tan incessantes guerras, necesariamente habian de resentirse la agricultura, la industria, el comercio y las demas fuentes de la riqueza pública. El ruido de los talleres es enemigo del ruido de los combates; la manó que empuña la espada no ara la tierra, y el caballo de batalla no arrastra el arado ni se unce á la carreta del labrador.

Como comprobacion de esta triste verdad en el período que comprende el exámen del presente capítulo, citaremos muy pocos, pero muy elocuentes datos. Las córtés de Aragon de 1452 decian á su rey Alfonso V.: «Señor, esta guerra que se está sosteniendo sin descanso, ha despoblado vuestras fronteras, hasta el punto de no haber quien cultive los campos: solo en rescate de prisioneros hemos gastado cuatrocientos mil florines; la industria y el comercio se han para-